

Bernard Wasserstein

Un pueblo de Ucrania

Krakovets y las tempestades
de la historia



Galaxia Gutenberg

BERNARD WASSERSTEIN

Un pueblo de Ucrania

Krakovets y las tempestades de la historia

Traducción de
María Luisa Rodríguez Tapia

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *A Small Town in Ukraine: the place we came from, the place we went back to*
Traducción del inglés: María Luisa Rodríguez Tapia

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre de 2023

© Bernard Wasserstein, 2023
Publicado inicialmente en 2023 por Penguin Books Ltd,
que forma parte de grupo editorial Penguin Random House.
© de la traducción: María Luisa Rodríguez Tapia, 2023
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2023

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 12667-2023
ISBN: 978-84-19738-09-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para Charlotte y Tomer

Índice

| | |
|--|-----|
| Prefacio | 11 |
| Agradecimientos | 17 |
| Lista de mapas | 19 |
| Lista de ilustraciones | 21 |
| Nota sobre los topónimos | 23 |
| | |
| 1. La detención | 27 |
| 2. Los tres peces | 41 |
| 3. «La época más espléndida» | 57 |
| 4. El ascenso del <i>shtetl</i> | 73 |
| 5. El Krakowiec del emperador | 91 |
| 6. El <i>shtetl</i> en llamas | 115 |
| 7. De Krakowiec a Berlín | 139 |
| 8. De Berlín a Krakowiec | 153 |
| 9. Bajo tres regímenes | 173 |
| 10. «No tienes de qué preocuparte. Tú eres uno de mis judíos» | 193 |
| 11. «Un sitio pequeño, no habrá oído hablar de él» | 221 |
| 12. Un pez | 235 |
| 13. Regreso a Krakowiec | 257 |
| | |
| Epílogo | 271 |
| Fuentes | 275 |
| Notas | 299 |
| Índice onomástico y de materias | 335 |

Prefacio

Krakowiec: el lugar del que vinimos, el lugar al que volvimos. La primera vez que oí hablar de él fue a través de mi madre, a mediados de los años cincuenta, cuando tenía más o menos nueve años. Me dijo que Krakowiec era el pueblo de Polonia del que procedía la familia de mi padre.

En realidad, el nombre despertó un recuerdo curioso en mi memoria infantil. Dos o tres años antes había venido a casa un visitante del pasado. Se llamaba Majus. Seguro que tenía un nombre de pila, pero mi padre, cuando hablaba de él, siempre se refería a él por su apellido, sin «señor» ni ningún otro apelativo. Me dio la impresión de que no le agradaba que hubiera venido.

Majus (más tarde me enteré de que su nombre de pila era Pinkas o, más familiarmente, Pincze) era uno de los pocos judíos de Krakowiec que habían sobrevivido a la Segunda Guerra Mundial y habló con mi padre de sus experiencias. Pregunté y volví a preguntar después a mi padre qué le había contado, pero durante mucho tiempo no quiso responder. Quizá quería proteger a un niño de las tinieblas. O a lo mejor era porque no acababa de agradarle Majus (que más tarde fue declarado culpable de manejar una destilería clandestina para fabricar alcohol ilegal en el sótano de su casa de Londres). En cualquier caso, no me enteré de nada de lo que había contado nuestro visitante. Tuve que conformarme con el muñeco de guiñol que me regaló, en forma de mono, que por dentro era cálido y suave, pero, por fuera, me miraba con gesto amenazador.

Mi madre nunca había estado en Krakowiec y sabía muy poco de aquel sitio. Con su relativa ignorancia y la firme reticencia de mi padre, crecí sin saber casi nada de él. Sin embargo, me pasé toda la

juventud soñando con aquel hogar ancestral casi innumerable y, por tanto, mucho más misterioso, casi mítico.

¿Dónde estaba exactamente Krakowiec? Era un pueblo tan pequeño que no aparecía en nuestro atlas. Incluso cuando, años más tarde, consulté los mapas más grandes que había, la respuesta seguía siendo confusa, porque parecía estar justo en la frontera entre Polonia y la Unión Soviética (URSS).

De repente, en 1989, desapareció el Telón de Acero. Con la desintegración de la URSS dos años después, Krakowiec apareció como salida de una nube, justo dentro de la recién independizada República de Ucrania. Poco después visité el pueblo por primera vez, en compañía de mi hermano. Fue una experiencia escalofriante y esclarecedora, que describo más adelante en este libro y que me introdujo en la mente una ambición compulsiva: para satisfacer toda una vida de curiosidad acerca de nuestros orígenes, iba a averiguar todo lo que pudiera sobre Krakowiec y su relación con mi familia.

La comprensible curiosidad genealógica aumentó hasta convertirse en obsesión. Durante las tres décadas sucesivas me dediqué a ahondar cada vez más en lo que acabó siendo una inmensa cantera histórica. Visité archivos y bibliotecas de varios continentes, consulté a expertos y me propuse aprender nuevos idiomas. Llevaba toda la vida siendo historiador profesional, pero en ese momento empecé a sumergirme en el pasado mucho más de lo que nunca me había atrevido. En el curso de mis investigaciones, acumulé enormes bases de datos sacados de registros oficiales, crónicas periodísticas, documentos censales, registros de nacimientos, matrimonios y defunciones, resultados electorales, informes médicos, mapas y fotografías, así como datos meteorológicos, geológicos, ecológicos, ornitológicos, arquitectónicos, judiciales, militares, eclesiásticos y de todas las categorías que encontré. Pronto había reunido una verdadera enciclopedia de estadísticas y documentación que iluminaba todas las facetas de un lugar que antes parecía imposible de conocer. Pero aquello no era más que el principio.

Como el inhumano pedante Edward Casaubon de *Middlemarch*, de George Eliot, con su proyecto de «la llave de todas las mitologías», concebí una ambición enloquecida e imposible:

elaborar un diccionario biográfico de todas las personas que hubieran vivido a lo largo de la historia en Krakowiec. No una guía de teléfonos, sino la historia de la vida de cada habitante, una especie de superprosopografía namierista. Sir Lewis Namier fue un historiador inglés de origen polaco cuya monumental *History of Parliament*, que se ha continuado después de su muerte, narra la biografía de los miembros del Parlamento británico (21.420 hasta ahora) y hace un estudio de cada circunscripción (2.831 hasta ahora). Más de sesenta años después de que falleciera, la obra está solo en el año 1832. El nombre de Namier volverá a aparecer en la historia que tengo que contar.

Por supuesto, mi empeño, igual que los de Casaubon y Namier, no podría completarse jamás. Aun así, impulsado por una necesidad interior, seguí adelante hasta tal punto que ahora contiene anotaciones sobre más de diecisiete mil personas. En su apogeo, Krakowiec tenía alrededor de dos mil habitantes. Por consiguiente, los datos que he reunido constituyen una proporción considerable del número total de residentes durante los seis últimos siglos. En este «quién es quién» de Krakowiec están representados polacos, judíos, ucranianos, alemanes, rusos, un armenio (aunque no sé su nombre), un paisajista francés y una niña nacida fuera del matrimonio, hija de un soldado húngaro acuartelado en el pueblo. Algunas entradas consisten solo en nombres medio borrados que figuran en lápidas en alfabeto latino, cirílico o hebreo. Otras son vidas que pueden reconstruirse con todo detalle. Entre ellas, las de siervos, aristócratas, artesanos, comerciantes, rabinos, sacerdotes cristianos de rito católico y rito griego, un maestro de música del siglo XVIII, una dama de compañía del siglo XIX y un asesino de masas del siglo XX al que hoy se venera como héroe nacional. La mayoría era gente humilde, pero también hay personas destacadas cuyos nombres y obras siguen resonando hoy. Todas estas figuras fantasmales, a fuerza de ir acumulando datos, adquirieron poco a poco una especie de carne y hueso, al menos en mi mente, de modo que llegué a tener la sensación de conocerlas y formé lazos indisolubles con muchos de los habitantes del pueblo.

Para alivio de mis lectores, sin duda, he relegado la mayor parte de esta montaña de datos al lado oscuro del sistema de recuperación

de mi ordenador. Lo que sigue no es más que sedimento aluvial, polvo de oro histórico relevante para mi relato. De los miles de personas que he conocido, a veces con gran intimidad, no traigo aquí como actores o testigos más que a unos cuantos.

En esta autobiografía de la época anterior a mi nacimiento cuento la historia de Krakowiec, más en concreto la de los judíos de este *shtetl* (pueblo) típico de Europa del Este y, sobre todo, la de mi familia y nuestra relación con el lugar. Al mirar por el ojo de la cerradura, quiero observar y comprender de qué forma pudieron afectar a la gente corriente varias de las grandes fuerzas determinantes para la historia de nuestra época.

Uno de los principales personajes de esta historia lleva mi nombre, pero no soy yo. No llegué a conocer a mi abuelo Bernhard (llamado Berl) Wasserstein, así que este libro es en parte el relato de cómo emprendí la búsqueda de él y de los fragmentos de él que encuentro en mí mismo.

Durante mi formación académica, me enseñaron a no escribir nunca en primera persona, a esforzarme por mantener una objetividad impersonal y a abordar el pasado, *sine ira et studio*, como desde lo alto del Olimpo. Pero esas limitaciones se vinieron abajo cuando empecé a investigar la historia de mi propia familia y todas sus vicisitudes. Lo que más me interesaba entender era su reacción –y la nuestra, la mía– ante aquellos acontecimientos, cada uno a su manera.

Mi propósito ha sido encontrar el equilibrio entre una reverencia filiofetista hacia mis antepasados y el deber del historiador de respetar las reglas de la evidencia. Sin embargo, a pesar de toda mi asidua recopilación de datos, hubo una zona –la más importante– en la que casi no pude entrar: la cabeza de mi abuelo. El motivo es que dejó pocos diarios, cartas u otros papeles, lo que el historiador judío holandés de la Shoah Jacques Presser denominó «los documentos del ego». El escritor inglés Craig Brown ha expresado bien la dificultad que eso supone: «La vida real de cualquier persona se desarrolla en gran parte en la mente, pero el biógrafo solo tiene acceso al material secundario, externo: las personas que conoció, los lugares que visitó, las opiniones que manifestó y así sucesivamente. Si no se expresan de palabra o por escrito, los pensamientos

de una persona se evaporan en la nada. Se podría decir que la cabeza del sujeto es un libro cerrado».¹

Hasta hace poco nunca me había fiado demasiado de ese tipo de historiadores que fingen tener la capacidad de entrar en la vida interior de otras personas y decir cosas como «¿qué pudieron pensar Napoleón y Kutuzov mientras contemplaban sus fuerzas en Borodino...?». Reconozco que eso fue exactamente lo que intentó Lev Tolstói en *Guerra y paz*, con resultados triunfales para la ficción y quizá también para la comprensión de la historia. Pero yo no me he atrevido precisamente a seguir sus pasos. Aquí no hay datos ni citas que no se puedan corroborar a partir de las fuentes que figuran al final del libro. No obstante, en algunos momentos he sentido el impulso de especular sobre el mecanismo mental de mi abuelo y de otras personas. Cuando he llevado a cabo ese ejercicio de imaginación, he hecho todo lo posible por dejar claro que lo hacía. Muchas veces he dado ese paso basándome en los destellos de perspectiva humana derivados de entrevistas con ancianos supervivientes de los sucesos que describo. Un testigo puede representar a muchos: mi padre, en varias conversaciones grabadas hacia el final de su vida, me contó por fin recuerdos de su juventud y de Krakowiec. Estas han sido mis fuentes más importantes y las que más me han inspirado para este libro.

Mi intención no era extraer lecciones de este fragmento del pasado. Cada lector puede decidir si quiere sacarlas y de qué manera. Lo que he querido es, sobre todo, estudiar Krakowiec –«un pequeño sitio del que no habrá oído hablar», como decía mi padre– y su gente, con su familia en su corazón y en el mío.

La detención

Berl Wasserstein fue detenido una mañana a pesar de que no había hecho nada malo. Era un hombre de negocios respetable, de mediana edad y de clase media, que siempre había respetado la ley. Su calvario fue tan kafkiano como el del protagonista de *El proceso*; pero mientras que el de Joseph K. era una fantasía de pesadilla, el de Berl fue una realidad implacable.

En la madrugada del viernes 28 de octubre de 1938, unos agentes de la policía de Berlín llegaron a un apartamento del número 72 de la Neue Friedrichstrasse, despertaron a los residentes de su sueño con fuertes golpes y preguntaron por Bernhard (Berl) Wasserstein. Examinaron sus documentos de identidad y le entregaron una carta del jefe de la policía de Berlín en la que se le informaba de que debía abandonar el territorio del Reich alemán en un plazo de veinticuatro horas. De lo contrario, sería deportado por la fuerza. A su hijo Abraham (apodado Addi), de diecisiete años, le entregaron una carta similar y le dijeron que también tendría que marcharse.¹ Les dieron unos minutos para hacer el equipaje y les permitieron llevarse una maleta pequeña cada uno, algo de comida y no más de diez marcos en efectivo (en aquella época, equivalentes a unos cuatro dólares).

En el transcurso de esa noche detuvieron en toda Alemania a alrededor de dieciocho mil personas, todas judías. No acusaron a nadie de ningún delito. A todos les dijeron que debían abandonar el país de inmediato. Berl había pensado en emigrar, pero no así.

Desde que los nazis se hicieron con el poder en 1933, los judíos alemanes habían aprendido por experiencia que no valía la pena negarse a hacer lo que les ordenaban las autoridades. Y, en cualquier caso, Berl no era de esas personas dispuestas a discutir con la

policía. Había dedicado toda su vida adulta a construir una pequeña empresa manufacturera con una escrupulosa honradez y evitando todo lo que pudiera oler a prácticas sucias. Aunque el desprecio nazi por las leyes no dejaba de empeorar, él creía en el *Rechtsstaat* (el Estado de derecho). Era un hombre tranquilo que sabía mantener la dignidad, sobre todo ante su familia. De modo que Addi y él hicieron las maletas y se marcharon discretamente.

La esposa de Berl, Czarna, y su hija, Charlotte (Lotte), de trece años, miraron la escena espantadas. Czarna lloró cuando se llevaron a su marido y a su hijo, primero a la comisaría local y luego a la jefatura central de policía de Berlín. No hubo violencia y los agentes se comportaron con una formalidad ejemplar. Aunque Adolf Hitler llevaba más de cinco años en el poder, la policía de Berlín, como gran parte de la población de la capital alemana, no estaba todavía completamente nazificada. Así que Berl y Addi, aunque confusos y desorientados, no temían por su vida... todavía.

Aquellos hechos seguían una lógica retorcida.

El pueblo natal de Berl, Krakowiec, estuvo dentro de las fronteras del Imperio austriaco hasta 1918. Tras la caída de la monarquía de los Habsburgo, al acabar la Primera Guerra Mundial, y después de un periodo turbulento en la región que duró hasta 1921, el pueblo acabó en la renacida República de Polonia. Como consecuencia, los antiguos residentes de la zona dejaron de ser austriacos.² Berl –que entonces vivía en Alemania– y sus hijos nacidos allí se convirtieron en ciudadanos polacos.

La orden de deportación masiva de 1938 no fue la primera manifestación de hostilidad hacia los *Ostjuden* (inmigrantes judíos del este de Europa) en Alemania. Ya eran blanco de la animadversión xenófoba desde hacía varias décadas. En 1885-1886, se había expulsado a diez mil judíos a la Polonia rusa por orden de Otto von Bismarck, ministro-presidente del gobierno prusiano. Aunque al mismo tiempo se había deportado a otros veinte mil gentiles, la orden tenía una firme motivación antijudía y se consideró «el primer éxito tangible» del movimiento antisemita.³

La aversión a los *Ostjuden* no era solo cosa de los antisemitas. Los judíos nacidos en Alemania, que en su mayoría no tenían más que una o dos generaciones de diferencia con los recién llegados del este, temían que la llegada de más inmigrantes pusiera en peligro su propia emancipación, por la que tanto habían luchado. Solían pensar que los inmigrantes eran seres primitivos y sucios y se avergonzaban de ellos. Su presencia complicaba los intentos de los judíos alemanes de presentarse como una «tribu alemana más, como los sajones, los bávaros o los wendos», tal y como los denominó el filósofo y estadista Walther Rathenau.⁴ Y era frecuente que los propios *Ostjuden* tuvieran una especie de complejo de inferioridad, simbolizado en un artículo en yiddish en el que se afirmaba: «No tenemos motivos para sentir vergüenza».⁵

La República de Weimar, instaurada tras la revolución alemana de noviembre de 1918, se fundó con una constitución que respondía al modelo democrático y un barniz de valores liberales. Sin embargo, desde el principio, los nacionalistas estaban convencidos de que los judíos y los izquierdistas habían «apuñalado a Alemania por la espalda» y eso había provocado la caída del Imperio alemán y la derrota del país en la Primera Guerra Mundial. Aquellos ultraderechistas querían venganza y para ello empleaban la agitación antisemita. A los *Ostjuden*, en particular, los acusaban de transmitir los bacilos de las enfermedades, la criminalidad y el bolchevismo.

En los primeros años de la posguerra, en los barrios judíos de Berlín se detuvo a muchos judíos a los que se amenazó con expulsarlos a sus lugares de origen. Muchas veces, los funcionarios polacos de fronteras se negaban a admitirlos. Así que varios miles de *fremdstämmige Ausländer* (extranjeros de estirpe extranjera), entre ellos mujeres y niños, acabaron internados en antiguos campos de prisioneros de guerra en diversas partes de Alemania. Hubo quejas por las malas condiciones higiénicas y los malos tratos que recibían los internos. Mathilde Wurm, diputada judía del Reichstag en representación del USPD (el partido socialdemócrata, de extrema izquierda), denunció lo que ella y otros llamaron «campos de concentración».⁶ Por fin se cerraron, en parte debido a los costes. A algunos de los internos los deportaron, a otros se les permitió

permanecer en el país. Pero la situación de los *Ostjuden* en Alemania siguió siendo frágil. Los judíos que solicitaban la nacionalidad tenían que superar obstáculos casi insalvables, incluso en el régimen de Weimar, de modo que la mayoría de los *Ostjuden* siguieron siendo ciudadanos polacos.

Aunque en 1938 Berl Wasserstein ya llevaba casi dos décadas viviendo en Alemania, nunca había intentado obtener la nacionalidad alemana. A la hora de la verdad, en realidad, tampoco habría cambiado mucho las cosas. En agosto de 1933, el régimen nazi prohibió por completo conceder la nacionalidad a los *Ostjuden*. A muchos de los que la habían obtenido se la quitaron. De hecho, la situación jurídica de Berl podría haber sido aún peor si hubiera obtenido la nacionalidad, porque, al despojarle de ella, se habría convertido en apátrida, como les ocurrió a muchos judíos alemanes, mientras que él siguió teniendo pasaporte polaco.

La represión del Tercer Reich contra los judíos se intensificó tras el *Anschluss*, la anexión de Austria por parte de Alemania en marzo de 1938. Cuando Hitler llegó a Viena para inaugurar solemnemente la unión de su país natal con Alemania, fue recibido como un héroe. El cardenal Theodor Innitzer, más tarde crítico con el nazismo, ordenó que se tocaran las campanas de las iglesias en su honor. Las leyes antisemitas alemanas se extendieron a los 182.000 judíos de Austria, que fueron víctimas de una feroz persecución. En la capital austriaca se los sometió a humillaciones públicas. El anciano gran rabino fue uno de los muchos a los que se obligó a limpiar las aceras de la ciudad con un cepillo de dientes ante una muchedumbre que se burlaba de ellos. Se confiscaron negocios propiedad de judíos. A los niños judíos se los expulsó de las escuelas públicas. En el campo de concentración de Dachau, cerca de Múnich, llegó una avalancha de nuevos presos. Como consecuencia de todo ello, los miles de judíos de nacionalidad polaca que residían en Austria trataron desesperadamente de encontrar refugio en otros lugares.

De pronto pareció inminente una migración masiva de judíos polacos de Austria a Polonia. El gobierno polaco reaccionó con consternación. Polonia ya albergaba a más de tres millones de judíos, el 10 por ciento de su población. El sentimiento antijudío

estaba muy extendido y el gobierno, más bien, quería encontrar formas de que los judíos emigraran, no abrir la puerta a que vinieran más. El 18 de marzo, solo seis días después de que las tropas alemanas entraran en Austria, se presentó en el Parlamento polaco un proyecto de ley que disponía que a los ciudadanos polacos que hubieran vivido en el extranjero de forma continuada durante más de cinco años y que «hubieran renunciado a todo contacto con el Estado polaco» se les podría despojar de su ciudadanía. Es decir, esas personas dejarían de tener el derecho automático a volver a entrar en Polonia. El proyecto de ley superó todas las fases en la cámara baja y el Senado en once días. Un comunicado emitido por la agencia de noticias semioficial Iskra explicó que el objetivo de la ley era «hacer que todos los ciudadanos polacos residentes en el extranjero se den cuenta de que el Estado polaco les exige que mantengan una actitud favorable activa, no pasiva e indiferente hacia él».⁷

Las autoridades alemanas observaron las medidas polacas con preocupación. Tenían miedo de que las prohibiciones los obligaran a quedarse con una gran cantidad de judíos a los que no podrían expulsar. El 9 de abril, Werner Best, jefe del Departamento de Policía de Extranjería de la Gestapo en Berlín, emitió una circular en la que se ordenaba que, a partir de ese momento, a los ciudadanos polacos que solicitaran la renovación de sus papeles de residencia no se les concedieran más de seis meses de permiso de estancia. La orden de Best no mencionaba la palabra «judío» pero, para que no hubiera dudas, especificaba que la orden no se aplicaría a los ciudadanos polacos que fueran *Volksdeutsche* (es decir, los que los nazis consideraban «arios», de etnia alemana). También quedarían exentos los trabajadores agrarios polacos en Alemania, muy pocos de los cuales eran judíos.⁸

Durante el verano de 1938 empeoraron las condiciones de los judíos en toda Alemania. En Berlín hubo asaltos a casas, cafés y cines en busca de judíos para enviarlos a campos de concentración. Atacaron y saquearon sus tiendas. «No es exagerado –escribió un cónsul británico– decir que han cazado a los judíos como ratas en sus casas».⁹

El 15 de octubre, el ministro del Interior polaco promulgó unas normas por las que se exigía que el personal consular inspeccionara

todos los pasaportes polacos expedidos en el extranjero. Los que se considerasen válidos se sellarían como tales. Los que no se aprobaran dejarían de valer para entrar en Polonia a partir de la medianoche del 29 de octubre. Desde entonces, los alemanes ya no podrían enviar de vuelta a los judíos polacos, de los que se calculaba que había hasta setenta mil u ochenta mil en el Reich. Los judíos de Viena formaron largas colas ante el consulado polaco para validar sus pasaportes y poder regresar a Polonia.

Era evidente que las autoridades polacas estaban reaccionando ante lo ocurrido en Austria, con nuevas medidas directamente pensadas para los judíos. Aunque todos lo habían entendido a la perfección, para los polacos fue motivo de cierta vergüenza la acogida que tuvo la ley en el extranjero. Un funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores, en conversación con un diplomático británico, «negó que existiera relación alguna entre los acontecimientos de Austria y la decisión del gobierno polaco de promulgar esta ley, que calificó como solo parte de una revisión de las leyes de nacionalidad polacas pendiente desde hacía mucho tiempo». Reconoció que el nuevo edicto «podría aplicarse, entre otras personas, a los residentes en Austria que oficialmente tuvieran la nacionalidad polaca», pero negó que «tuviera ningún significado antisemita concreto». En cualquier caso, añadió en tono tranquilizador, «la intención era aplicar la nueva ley, si entraba en vigor, con moderación». ¹⁰ En sus conversaciones con diplomáticos extranjeros, el Ministerio de Asuntos Exteriores sostenía que el objetivo era evitar la expulsión masiva de judíos polacos de Alemania. Pero la medida tuvo el efecto contrario.

El 26 de octubre, solo setenta y dos horas antes de que los ciudadanos polacos con pasaporte sin visado perdieran el derecho a regresar a su país, el jefe de la policía de seguridad alemana, Reinhard Heydrich, ordenó que se revocaran todos los permisos de residencia de los judíos polacos en Alemania. ¹¹ Su subordinado, Best, publicó de inmediato una orden de máxima prioridad por la que había que arrestar rápidamente a todos los judíos polacos en posesión de un pasaporte válido, asignarlos para su deportación, llevarlos a la frontera polaca y expulsarlos. La operación, denominada Polenaktion, debía completarse antes del 29 de octubre y antes de

esa fecha había que enviar al mayor número posible de personas, en especial varones adultos, al otro lado de la frontera.¹²

Unos días antes de las detenciones empezó a correr el rumor de que se avecinaba algo siniestro. Temiendo lo peor, algunos judíos polacos de Berlín se escondieron o se fueron en tren a Polonia antes de que venciera el plazo de validación de sus pasaportes. La mayoría, como Berl Wasserstein, se quedó aguardando a ver qué sucedía, con la previsión o, al menos, la esperanza de que al final todo saldría bien.

Según un informe de la policía, el 28 de octubre se detuvo en Berlín a alrededor de tres mil hombres.¹³ A Berl y Addi los llevaron con los demás desde el cuartel general de la policía a la estación de Ostbahnhof y los metieron en trenes que se dirigían a la frontera polaca. En cada tren viajaron hasta setecientas personas. A algunos les dieron bocadillos de cerdo, una provocación propia de los nazis contra los judíos ortodoxos como Berl, que nunca en su vida había permitido que la carne de cerdo pasara por sus labios. Los vagones estaban cerrados y vigilados. Los pasajeros no podían salir de sus compartimentos. A siete kilómetros de la frontera les ordenaron bajar del tren y seguir a pie. A la policía berlinesa, con su puntilloso decoro, la habían sustituido otros hombres de uniforme que empleaban métodos más brutales. A esas alturas ya era de noche. Había una gran confusión. La gente gritaba. Los rezagados o los que tenían dificultades con su equipaje recibían golpes. Al llegar al pueblo fronterizo de Bentschen (Zbąszyń), los guardias polacos admitieron a los primeros hombres, pero prohibieron la entrada a los demás. De modo que allí quedó una gran masa de personas aterrizadas, entre ellas Berl y Addi, atrapadas a oscuras en tierra de nadie, en pleno campo. Por suerte, el tiempo era benigno.

Entonces empezó a llover.

Aunque los alemanes habían avisado a los polacos, las expulsiones fueron una desagradable sorpresa. El gobierno polaco no había hecho ningún preparativo para lidiar con la llegada de miles de deportados, quizá porque no creía que los alemanes fueran a cumplir verdaderamente su amenaza.¹⁴ El jefe de la policía polaca de

fronteras informó de que en el lado alemán se habían agrupado una gran cantidad de unidades armadas. Pisaban con fuerza y hacían sonar las armas mientras sus jefes daban órdenes a gritos, «me pareció –declaró el comandante polaco– que para asegurarse de que no fuéramos a intentar enviar de vuelta a los expulsados». En un momento dado, varios centenares de judíos organizaron una sentada en el lado alemán de la frontera y se negaron a poner el pie en territorio polaco. «Como la policía [alemana] y las unidades de la guardia de fronteras no podían hacer nada –continuó el oficial polaco–, los soldados alemanes cargaron contra ellos con las bayonetas caladas y los molieron a puñetazos y a patadas. Y a golpes de bayoneta y culatazos, los obligaron a cruzar la frontera».¹⁵

Esta descripción de los hechos quedó corroborada por numerosos relatos periodísticos y diplomáticos. El embajador británico en Varsovia informó:

La peor situación se produjo en Zbąszyń, en la línea entre Berlín y Poznań. Allí llegaron aproximadamente seis mil quinientas personas, parte de ellas eran mujeres y niños. Los habían obligado a bajar del tren en la estación alemana de la frontera y a cruzarla a pie. Parece que los alemanes dispararon al aire con una ametralladora y causaron pánico y confusión total, de modo que las familias se separaron y perdieron las pocas pertenencias que habían podido traer consigo. Las autoridades polacas locales mostraron buena voluntad, pero no tenían dónde alojarlos y muchos judíos, por supuesto, no tenían ni idea de adónde ir, dada la poca relación que habían tenido con Polonia. Después de cierto retraso, las autoridades militares proporcionaron tiendas. Tengo entendido que mil quinientos se han marchado ya a diversos destinos, pero que todavía quedan cinco mil, porque las autoridades polacas confían en que las negociaciones con Alemania acaben consiguiendo que les permitan regresar a sus hogares.¹⁶

Otros diplomáticos enviaron despachos similares. La embajada americana en Varsovia informó al Departamento de Estado: «En Zbąszyń, en la línea principal de ferrocarril entre Berlín y Varsovia, se ha sabido que trataron con tremenda dureza a los refugiados y que, como consecuencia de ello, llegaron a Polonia en medio de un

gran caos. Muchos habían perdido las pocas pertenencias que habían conseguido traer consigo, incluidos los documentos de viaje. Muchos estaban histéricos y se dice que algunos murieron de miedo y que hubo varios casos de locura transitoria».¹⁷

Posteriormente, Addi recordaba poco de aquel viaje y de las escenas de pesadilla en la frontera. Quizá su memoria censuró unos sucesos profundamente inquietantes. Otros que recorrieron la misma ruta relataron después el episodio con espeluznante detalle y contaron sus experiencias a distintos corresponsales de prensa. Aunque el régimen nazi estaba estrechando el cerco a los judíos en Alemania desde 1933, esta expulsión masiva, de la noche a la mañana, provocó críticas en todo el mundo.

Al día siguiente, la agencia de noticias alemana publicó una explicación oficial que intentaba desviar la responsabilidad a Polonia, al afirmar que las deportaciones se habían precipitado por la decisión polaca de ordenar presentar los pasaportes para un visado especial. Si se denegaba este visado, señalaba el comunicado sin reparos, los judíos polacos «se convertirían en una carga permanente para Alemania, cuyo gobierno ya no podría recurrir a la opción –que es derecho legal de todos los Estados– de expulsarlos como extranjeros indeseables».¹⁸

Al cabo de unas horas, se permitió a los expulsados que fueran hacia la ciudad fronteriza polaca de Zbąszyń (véase el mapa de las págs. 218-219), pero no más allá. En la práctica, se convirtieron en prisioneros de un campo de detención improvisado. Al principio se refugiaron en establos y cuadras malolientes «que se habían clausurado [por no cumplir los requisitos] para los caballos», diez hombres en cada box.¹⁹

Del campo de Zbąszyń se ha dicho que era un «infierno especial».²⁰ Esa fue la sensación de quienes pasaron por él en aquel entonces, aunque haya quedado empequeñecido en comparación con los horrores perpetrados posteriormente por los nazis y sus cómplices. Algunos de los refugiados, entre ellos Addi, fueron víctimas de ataques y palizas a manos de jóvenes locales, una circunstancia que le despertó un desprecio permanente por los polacos. Años después recordaba aún con furia ver a los policías polacos maltratando a mujeres judías.

Las organizaciones judías se movilizaron de inmediato para ayudar a los deportados. A la mañana siguiente de su llegada a Zbąszyń, cuando amanecía, aparecieron unos trabajadores humanitarios que les llevaban alimentos y suministros. La oficina polaca del Joint (American Jewish Joint Distribution Committee, Comité Judío Estadounidense de Distribución Conjunta) proporcionó dinero y apoyo logístico. Los internos recibieron mantas, medicinas y libros en alemán, polaco y yiddish. «Los judíos polacos fueron verdaderos ángeles», recordó Addi más tarde.

Uno de los que acudieron a ayudar fue el historiador Emanuel Ringelblum, que más tarde iba a adquirir fama póstuma como cronista del gueto de Varsovia. A principios de diciembre escribió: «Zbąszyń se ha convertido en un símbolo de la desprotección de los judíos polacos. A los judíos los han humillado como si fueran leprosos, ciudadanos de cuarta clase, y la consecuencia es que esta terrible tragedia nos afecta a todos».²¹

Otro personaje que también acudió fue Wilhelm Alexandrowicz, líder del partido socialista autonomista judío, Bund, en Cracovia. Permaneció varios meses en Zbąszyń, organizando la ayuda. Addi solía hablar con él sobre las discrepancias entre las reivindicaciones del bundismo, el comunismo y el sionismo. Recordaba «el gesto de indignación» de Alexandrowicz cuando hablaban de los juicios espectáculo de la URSS. Tal como dictaba la doctrina bundista, Alexandrowicz rechazaba la idea de que el hogar de los judíos estuviera en Palestina. Insistía «en que su sitio estaba en el país donde sus antepasados habían vivido desde hacía mil años y en que él y otros judíos tenían derecho a reclamar su identidad en ese país». Posteriormente, Addi reflexionaba: «Estaba equivocado, aunque tenía motivos para estarlo, y al final resultó —y esa es la tragedia— que los sionistas tenían razón, por motivos equivocados».²² Alexandrowicz causó una profunda impresión en el adolescente. Muchos años después, Addi escribió: «Era un hombre honorable en el que he pensado a menudo y del que me acuerdo siempre que pienso en los judíos polacos». Nunca volvió a verlo. Alexandrowicz murió en el gueto de Tarnów, un pueblo entre Cracovia y Krakowiec, en 1942.

Las autoridades permitieron encaminarse hacia el interior del país a algunos de los deportados: menores no acompañados a los

que enviaron a vivir con parientes o en hogares infantiles, ancianos que necesitaban tratamiento hospitalario o personas que disponían de visado para viajar a otros países. Pero varios miles, entre ellos Berl y Addi, tuvieron que quedarse en Zbąszyń. Pronto, los refugiados fueron más numerosos que la población permanente del pueblo. A muchos los alojaron en un molino en desuso que era propiedad de un judío de allí. Algunos pudieron alquilar habitaciones, o más bien camas, a residentes locales. Durante el resto del tiempo que estuvieron juntos, Berl y Addi compartieron una de esas camas de alquiler, en la que se turnaban para dormir. Todas las salidas de la ciudad hacia el interior de Polonia estaban vigiladas por la policía, que arrestaba a los que intentaban salir «ilegalmente». Las condiciones higiénicas eran mínimas. La comida estaba estrictamente racionada: la sopa de patata era el alimento básico. Durante las horas en las que estaban despiertos había poco que hacer. Se organizaron algunos cursos de formación y clases de idiomas. Los equipos de fútbol de deportados jugaban contra los locales. Cuando empezó a hacer más calor, en la primavera de 1939, la gente se bañaba en el lago cercano. Pero poco después las autoridades locales anunciaron que, «por razones sanitarias», los residentes del campo solo podrían utilizar la playa a determinadas horas.²³ A medida que las semanas de internamiento se alargaban y empezaron a ser meses, algunos deportados sufrieron una grave depresión. Unos cuantos se suicidaron.

Entre los deportados en Zbąszyń estaba la familia de Herschel Grynszpan, un joven judío polaco que había nacido en Hannover pero vivía en París como «clandestino» (inmigrante ilegal) en el momento de las deportaciones. El 7 de noviembre, en absoluto estado de desesperación, indignado y angustiado por cómo habían tratado a su familia, fue a la embajada de Alemania en París, llegó hasta el consejero Ernst vom Rath y lo disparó. El diplomático murió en el hospital dos días después.

Al día siguiente del atentado, el secretario de Estado del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, Ernst von Weizsäcker, se reunió con el embajador polaco en Berlín. Weizsäcker observó que «no le sorprendería» que el asesinato provocara «un aumento muy

considerable de la severidad de las medidas alemanas contra los judíos polacos». El embajador protestó enérgicamente contra las deportaciones. Weizsäcker respondió que, como consecuencia de las decisiones del gobierno polaco, «entre cuarenta y cincuenta mil antiguos judíos polacos, ahora apátridas, quedarían en manos de los alemanes».²⁴

Los polacos permanecieron impasibles ante las dificultades de los alemanes. El ministro de Asuntos Exteriores, Józef Beck, habló en tono pesimista sobre medidas de represalia y las autoridades sopesaron la posibilidad de ordenar deportaciones en sentido contrario. El ministro del Interior dio instrucciones para que se llevara a los ciudadanos alemanes (solo a los judíos) y sus familias residentes en Polonia a la frontera y se los expulsara. En cambio, el Ministerio de Asuntos Exteriores hizo la objeción de que dar un trato especial a los judíos parecería racista. El embajador alemán advirtió que a cualquier judío alemán expulsado que atravesara la frontera lo enviarían directamente a un campo de concentración. Los polacos deportaron a un puñado de gente, pero los alemanes los llevaron de nuevo al otro lado de la frontera. Al final, los polacos decidieron que expulsar a los judíos no iba a servir de nada y, en lugar de ello, pensaron en otro tipo de represalias, como las económicas. Los alemanes, que no querían empeorar la situación, suspendieron temporalmente las expulsiones y se declararon dispuestos a negociar con los polacos.²⁵

Mientras tanto, los nazis aprovecharon para proclamar que el asesinato de Rath era una provocación intolerable. En la noche del 9 al 10 de noviembre, turbas de matones nazis asaltaron miles de hogares y tiendas de judíos en toda Alemania, saqueando y rompiendo ventanas, en la que después se denominó la *Kristallnacht* (la Noche de los Cristales Rotos). Se incendiaron sinagogas en todo el país. Los camisas pardas asaltaban a los judíos en las calles y mataron o hirieron a cientos de ellos. La policía detuvo a veinte mil personas que fueron a parar a la cárcel o campos de concentración. El gobierno fingió que la violencia era un estallido espontáneo de indignación popular, desatado por el asesinato de París; en realidad, fue un pogromo auspiciado por el Estado y organizado por el aparato de seguridad y el partido nazi.

La *Kristallnacht* abrió la puerta a una nueva fase, aún más salvaje, de la persecución nazi contra los judíos. El 12 de noviembre, Hermann Göring, el segundo hombre más poderoso del régimen, presidió una reunión de altos cargos nazis. El propósito del encuentro era poner en práctica la orden de Hitler de «que la cuestión judía se coordine y se resuelva ya, de una forma u otra y de una vez por todas». Los mandos decidieron que había que «arianizar» todas las propiedades que permanecían en manos judías para que los judíos quedaran «eliminados de la economía alemana». Los judíos alemanes tendrían que pagar una multa colectiva de mil millones de marcos como «castigo y reparación» por sus «abominables crímenes». Se prohibiría a las compañías de seguros que indemnizaran a los judíos por los daños sufridos durante la *Kristallnacht*. Al fin y al cabo, eso sería «demencial», dijo Göring. En lugar de ello, se indemnizaría al gobierno. Se requisarían los edificios de viviendas propiedad de judíos. Se debatieron nuevas medidas discriminatorias contra los judíos, como impedirles el acceso a teatros, cines, circos, baños públicos, parques, balnearios y «el bosque alemán». Los «no arios» deberían estar segregados en los colegios y los trenes. Se habló de obligar a todos los judíos de las ciudades alemanas a vivir en guetos. Heydrich dijo que debían ir más allá: había que «expulsarlos de Alemania». Mientras tanto, había que identificar a los que quedaban con una «insignia» especial. Y por último, si hubiera una guerra en un futuro próximo, «ni que decir tiene –dijo Göring– que en Alemania lo primero que tendremos que hacer es afrontar la cuestión judía».²⁶

Czarna Wasserstein y su hija Lotte se habían quedado en casa porque en la capital alemana, a diferencia del resto del país, las mujeres estaban exentas de la deportación. Seguramente, los motivos eran logísticos, la enorme cantidad. Sin duda, los nazis calcularon que, después de que se fueran los hombres, con el tiempo, las mujeres también acabarían yéndose. Las medidas económicas implantadas por los nazis tras la *Kristallnacht* las afectaron también a ellas. Se ordenó el cierre de todos los negocios propiedad de judíos, así que Berl perdió su medio de vida. Casi todos los demás bienes judíos se

confiscaron. Czarna y Lotte se encontraban en la penuria. Pero Czarna, una mujer ingeniosa y resistente, se las arregló para seguir adelante y se dedicó a cuidar de su hija. No obstante, las perspectivas eran desalentadoras.

Berl y Addi, atrapados en Zbąszyń, no podían ayudarlas. A medida que las semanas se alargaban hasta convertirse en meses, reflexionaban sobre su difícil situación. Les decían que volvieran a Krakowiec, un lugar del que Berl había salido hacía más de dos décadas y que Addi prácticamente no conocía. Berl no tenía posibilidades de ganarse la vida allí. Addi no podría completar su educación en un pueblo en el que no había una escuela decente y cuyo idioma, en cualquier caso, no hablaba.

Los alemanes querían quitárselos de encima. Los polacos no querían acogerlos. No parecía que ni Alemania ni Polonia estuvieran dispuestas a reconocerlos como ciudadanos, ni siquiera como semejantes. Pero ¿qué era aquel sitio, Krakowiec, al que unos les decían que debían volver y otros que no?